

## CAPÍTULO VI

**Factores psicológicos de las luchas económicas.**

Las luchas á mano armada durarán, sin duda, todavía mucho tiempo. Los odios de raza y los conflictos de intereses, que aumentan á medida que los pueblos se conocen mejor, las mantendrán fatalmente. Pero con los progresos de la civilización aquéllas se complicarán con las luchas económicas, tan sangrientas como las de los campos de batalla, luchas que serán quizás, más aún que en las guerras cruentas, la resultante necesaria de la constitución mental de los pueblos.

En un libro, publicado hace ya bastantes años, indicaba que la unión del Oriente y el Occidente, á consecuencia de las aplicaciones del vapor y de la electricidad, tendría como consecuencia próxima un conflicto económico gigantesco entre orientales y occidentales. Estas predicciones, muy discutidas entonces, comenzaron á realizarse con la lucha entre rusos y japoneses.

Durante mucho tiempo, Europa exportó sus productos al Oriente, pero gradualmente se va operando en este respecto una modificación. El Oriente, que antes era solamente consumidor, se transforma ahora en un centro inmenso de producción, invadiendo nuestros mercados con productos industriales y agrícolas fabricados por obreros de necesi-

dades muy limitadas que les permiten contentarse con un salario muy inferior al del obrero europeo. Europa trata de elevar contra esos productos una inmensa barrera aduanera. Ya veremos más adelante de lo que sirve esa muralla.

La lucha se circunscribe en la actualidad á algunos productos industriales y agrícolas, pero se extenderá rápidamente. La India, el Japón, y en breve la China, nos amenazan con su competencia en todos los mercados. Provistos de nuestros aparatos, fabrican los productos industriales que hasta ahora tenía Europa monopolizados. La India provee al presente á Inglaterra los tejidos de algodón que antes la suministraban los tejedores de Manchester. Las hilaturas de algodón que en otros tiempos se enviaban á China desde Manchester se mandan hoy desde Bombay. Los productos fabricados por indios y chinos, que se contentan con un ínfimo salario, son tan buenos como los de los obreros europeos y la competencia de los asiáticos es tal que América y Australia se han visto obligadas á expulsarlos.

Varias huelgas, especialmente la de los botoneros de Meru, tienen su origen en la competencia que nos hacen los japoneses en todos los mercados extranjeros.

Cuando el Japón, China y la India hayan instalado, gracias á la hulla que poseen, numerosas fábricas, é inunden el mundo con sus productos fabricados á bajo precio, ¿qué barrera será capaz de contener su expansión comercial? El salario del obrero europeo bajará entonces al nivel del de un oriental. «El regulador del mundo económico—se ha dicho con razón—tenderá siempre á ser el mercado en que el trabajo se haga á más bajo precio.» Á pesar del ideal socialista, el salario de los europeos,

lejos de aumentar, disminuirá entonces en considerables proporciones.

Cuando examinaba yo estas cuestiones, hace más de veinticinco años, los periódicos ingleses de la India, aun reconociendo la exactitud de mis predicciones, me respondieron que los obreros orientales acabarían por sentir nuestras necesidades y serían, por consiguiente, tan exigentes como sus compañeros occidentales, restableciéndose entonces el equilibrio. Estos periódicos olvidaban, como ocurre siempre, que el carácter psicológico de la mayor parte de estas razas orientales es demasiado estable para transformarse, como lo prueba la experiencia. Hace mucho tiempo que los chinos afluyen á América, y no obstante el ambiente de lujo en que se ven rodeados, no se ha modificado nunca el género de vida de uno solo de ellos. La taza de té y el puñado de arroz continúa siendo la base de su alimentación. Nuestra civilización se halla muy distante de [la constitución mental de esos pueblos para poder ejercer la menor influencia. El que haya empleado á un obrero indio sabe perfectamente que, una vez ganados los veinticinco ó treinta céntimos necesarios para su subsistencia diaria, las mayores sumas no tienen la menor influencia sobre él.

Comienza á iniciarse esa profunda revolución que hará pasar la preeminencia de la producción á las razas de América y Asia y podrá arruinar á Europa. Esto no obstante, no está lejano el día en que Europa verá disminuir considerablemente su exportación.

En cuanto á los productos que vienen de América, este fenómeno está en vías de realización; pero como los obreros americanos son europeos, y por lo tanto, tienen las mismas necesidades que éstos,

sus mercancías no tendrán nunca un precio ínfimo. No pueden, por tanto, ser muy temibles para el continente europeo, pues si éste cesa de importar á América, en cambio no tendrá que temer la invasión de los productos exportados por aquélla.

Muy diferentes son los casos de Japón, India y China. Estas naciones, á igual que América, rechazarán nuestros inútiles productos que se amontonarán sin salida, ó nos crearán, por lo menos, una ruinoso competencia en los mercados extranjeros. Ya se acumulan nuestros depósitos, y nuestras industrias, no teniendo más que clientela europea, se arruinan unas á otras. Llegará un día en que tendrán que rebajar sus precios, y por consiguiente, reducir el jornal de sus obreros.

No hay que creer que aislándose del resto del mundo por medio de una barrera infranqueable de tarifas aduaneras Europa podrá librarse indefinidamente de la competencia oriental. Acaso lo consiguiera si llegara á asegurar su propia subsistencia, pero su población ha adquirido una extensión que no se lo permite.

Los economistas han calculado, en efecto, que la mayor parte de los Estados de Europa no producen el alimento necesario para sus habitantes. El aislamiento de Europa equivale, por tanto, al hambre. Naturalmente, para evitar la triste perspectiva de morir de hambre, se disminuirán las tarifas aduaneras; pero ¿con qué se pagarán los productos destinados á la alimentación, cuando toda exportación sea imposible? ¿Qué será de la vieja Europa, agobiada bajo el peso de miles de millones de deudas y de pesados impuestos? Entonces caerá en la decadencia, como todas las civilizaciones gastadas, y su población, después de sangrientas luchas que

acabarán de agotarla, se reducirá á la cifra que pueda subsistir. Ese día, hasta los economistas más recalitrantes, comprenderán los inconvenientes de un aumento excesivo de la población y la evidente superioridad real de los Estados poco poblados.

En el conflicto económico de las razas, cuyo comienzo entrevemos, la superioridad intelectual de Europa no es seguramente un factor despreciable. Pero no olvidemos que, en definitiva, esta superioridad existe en una escasa minoría y que desde el punto de vista del trabajo manual casi todos los pueblos son iguales, y los europeos no superiores á los chinos ni á los japoneses. Y prueba de ello es la necesidad en que se encuentran los americanos y los australianos de expulsarlos á causa de la temible competencia que hacen á sus obreros.

Si la lucha entre el Oriente y el Occidente, fuera una lucha entre las clases intelectuales de sus poblaciones, el resultado no sería dudoso. Pero se trata de una lucha económica entre las clases medias, casi iguales en su nivel intelectual, pero muy desiguales en sus necesidades. El resultado final será favorable, naturalmente, al que tenga menores necesidades.

Estas especulaciones sólo tienen un interés remoto. Los problemas de los momentos presentes son bastante graves para que podamos dejar á nuestros descendientes el estudio de los de lo futuro.

## CAPÍTULO VII

### **Influencias psicológicas de la enseñanza universitaria.**

Leibnitz decía que con la educación se puede transformar en cien años un pueblo. Podría haber añadido que con una educación mal adaptada, se deforma la mentalidad de un pueblo en mucho menos tiempo.

Los éxitos científicos, industriales y económicos de los alemanes, debidos á su enseñanza universitaria desde hace un siglo, han comprobado el aserto de Leibnitz.

La decadencia á que nos han conducido nuestros métodos clásicos, induce á pensar, igualmente, en la exactitud de lo que acabo de decir acerca de la educación mal adaptada á las necesidades de los pueblos. Triste sistema es el que crea un número inmenso de fracasados ó de rebeldes; el que fabrica tantos teorizantes charlatanes incapaces de ser utilizados en un laboratorio ó en una fábrica y aptos solamente para repetir las demostraciones de sus libros de texto.

El problema de la educación es, ante todo, un problema psicológico. Sin embargo, los principios fundamentales de nuestra educación clásica, desde la escuela primaria á la superior, se basan sobre una serie de enormes errores psicológicos. Todo